

JOSÉ MANUEL FAJARDO

MI NOMBRE
ES JAMAICA



Fajardo, José Manuel

Mi nombre es Jamaica. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Edhasa, 2015.

320 p.; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-374-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: agosto de 2015

Esta novela ha sido escrita con la ayuda de una beca
del Centre National du Livre de París

© José Manuel Fajardo, 2010
© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-374-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por El ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

A Daniel Mordzinski y Viviana Azar.

A Karla.

A la vida.

«Cualquier destino, por largo y complicado que sea,
consta en realidad de *un solo momento*:
el momento en el que el hombre
sabe para siempre quién es.»

Jorge Luis Borges, *El Aleph*

«Su alma está compuesta de muchos Yo, igual que
un hormiguero. Usted lleva dentro de sí
los restos anímicos de miles
de antepasados.»

Gustav Meyrink, *El Golem*

«No tengo nada que perder. Ni soy valiente
ni busco aventuras. Me dejo llevar
por el viento y
no tengo miedo a la caída.»

Joseph Roth, *Fuga sin fin*

«Sólo en un alma puede ocurrir todo.»

William Ospina

Primera parte
El judaizante

Capítulo 1

Santiago Boroní enloqueció en algún lugar de la ruta entre Tel-Aviv y la ciudad de Safed. No sé exactamente dónde y tampoco he querido averiguarlo pues, en el fondo, poco importa. Lo único cierto es que abandonó temprano el hotel, uno de esos que albergan congresos profesionales, impersonal, eficiente y tan parecido a tantos otros que, al despertar, puede suceder que no sepas dónde estás realmente, si en Madrid o en Pekín, si en Londres o en Tel-Aviv. Tomó el típico desayuno de hotel internacional, jugo de naranja, café con leche, huevos revueltos y una rebanada de pan con mantequilla y mermelada, se despidió de mí con un beso que me supo a mala conciencia y se marchó al volante de un coche de alquiler, contraviniendo los consejos de los organizadores del congreso, que habían recomendado no hacer desplazamientos en solitario por las carreteras israelíes y mucho menos acercarse a los pasos fronterizos de Cisjordania. Yo tampoco le insistí lo suficiente para que no lo hiciera, ahora lo lamento. Lo siguiente que supe de él, esa misma noche, fue que lo habían detenido al intentar entrar en territorio palestino, que estaba en un puesto de la policía de fronteras, cerca de la ciudad de Afula, y que lo más prudente era que alguien acudiese a hacerse cargo de él antes de que cometiera algún disparate irremediable. «Parece que se ha vuelto loco», me dijo el policía, y yo no pude evitar preguntarle si estaba se-

guro de que el hombre detenido era el español Santiago Boroní. «Eso pone en su pasaporte.» Para el policía no había duda, pero yo no podía imaginarme a Tiago convertido en un peligro público; además, un pasaporte no es una persona: es sólo un pedazo de papel. En todo caso, fuera quien fuese el detenido, no había duda de que el pasaporte que llevaba era el de Tiago, por eso me habían localizado, porque en sus páginas guardaba la tarjeta del hotel y el encargado de la recepción había tenido la idea de ponerse en contacto conmigo cuando llamaron para preguntar si alguno de los huéspedes conocía a Santiago Boroní. Que, de entre todos los congresistas alojados en el hotel, el encargado me hubiera elegido a mí para dar noticia del paradero de Tiago me parece a estas alturas un signo del destino, pero quizá sólo quepa acharcarlo a las habladurías del servicio de habitaciones, pues la noche anterior Tiago y yo habíamos dormido en mi cuarto. Hacía sólo un día que habíamos coincidido en Tel-Aviv, pero nos conocíamos desde hacía veinticinco años. Sin embargo, era la primera vez que nos acostábamos juntos.

Aquella mañana, tras despedirme de él, había vuelto a meterme en la cama, todavía desconcertada y molesta por el rumbo que habían tomado las cosas. No es que Tiago no me gustara, es un hombre apuesto, flaco, alto, con ese aire desaliñado que despierta en las mujeres unas ganas tremendas de arreglarle el cuello de la camisa, que por cierto siempre lleva metido hacia dentro, y de hacerse cargo de su felicidad. El pelo entrecano le sienta bien, compensa su aspecto de eterno adolescente, le hace más interesante. Es guapo a su manera, fuera de los estereotipos de la moda, pero yo siempre había tenido bien presente que era el marido de Nicole, y eso lo volvía intocable. No soy moralista, mi exmarido lo sabe bien, pero estoy convencida de que existe una ley no escrita que prohíbe convertir en amantes a los esposos de las amigas y que transgredirla es ponerse a la altura de los hom-

bres, que son capaces de todo con tal de meterla. Si se cae tan bajo nadie vuelve a respetarte, empezando por ti misma. Creo tan ciegamente en esa ley que estuve a punto de decirle que no a Tiago en Tel-Aviv, y eso que hacía ya dos años que Nicole había muerto.

Nicole y yo habíamos crecido en el mismo municipio parisino de Neuilly-sur-Seine y estudiado juntas en el Liceo de la Folie Saint James. Habíamos sido tan amigas durante tantos años que de algún modo la fidelidad de su viudo había pasado a formar parte de mi luto. No era sólo que no se me hubiera ocurrido la posibilidad de tener una aventura con él, sino que me parecía imposible que él pudiera volverse a enamorar. Tal vez por eso no pude evitar sentirme incómoda cuando, algunos meses después del fallecimiento de Nicole, sorprendí a Tiago paseando del brazo de otra mujer por la avenue de l'Observatoire. Aunque no sé por qué digo que le sorprendí, porque él no se estaba ocultando. Seguramente la sorpresa fue sólo mía, él me saludó con naturalidad, me presentó a su amiga, y prosiguió su paseo dejándome a solas con mi malestar. Entonces le juzgué mal, le consideré banal y desagradecido y procuré mantenerme alejada de él, lo expulsé del panteón mental en que guardaba el recuerdo de mi amiga Nicole; las pocas ocasiones en que volví a verlo fueron siempre reuniones sociales, y cada vez me limité a saludarlo. Sólo tenía noticias de su vida por David Seco, un amigo común, periodista y traductor, al que conocí en la época en que Tiago vivió en el País Vasco y que desde hacía unos años residía en París. Evidentemente, hice una montaña de un grano de arena, pero eso sólo lo supe después: aquel día en Tel-Aviv, cuando coincidimos como participantes en el Segundo Congreso Internacional de Historia de los Judeoconversos Españoles.

No parecía el mismo. Su desaliño se había transformado en abandono; el cuello de la camisa, además de metido

hacia dentro, mostraba una línea oscura de suciedad y sus ojos se hallaban sumidos en dos profundas ojeras. Al principio ni siquiera me vio, se quedó plantado en medio del hall del hotel como si estuviera perdido o el mostrador de recepción se hallara a kilómetros de distancia. No traía maleta, tan sólo un maletín en el que a duras penas podían caber más que su ordenador, un par de camisas y un poco de ropa interior, pero visto el lamentable estado de la ropa que llevaba puesta seguramente no necesitaba más. Me pregunté cuántos días haría que no se mudaba; y la pena y la repulsión se me mezclaron en un confuso sentimiento que hizo que todavía tardara unos segundos antes de decidirme a hablar con él.

Cuando le llamé por su nombre, se me quedó mirando completamente desconcertado, como si yo fuera la última persona del mundo que esperara encontrar en aquel congreso, una actitud que me pareció estúpida porque ambos somos historiadores especializados en historia del judaísmo español y esos estudios habían sido precisamente los que nos llevaron a conocernos, en el año 1980, durante un seminario en la Universidad de Salamanca. Ya entonces Tiago era novio de Nicole, de hecho ella me había prevenido de que lo encontraría en Salamanca y yo me moría de curiosidad. Simpatizamos enseguida. Tiago me explicó que su pasión por la Historia le venía de su padre, un marino erudito, católico y conservador, que se pretendía descendiente de corsarios, a cuyos relatos truculentos debía él su fascinación por las sucesivas generaciones de perdedores con que España había ido desangrándose en exilios a lo largo de los siglos; de modo que si en su decisión de estudiar Historia había pesado la influencia paterna, la elección de la cultura judía sefardí como especialidad constituía una especie de rebelión contra el catolicismo familiar. Yo le respondí que, en mi caso, eran precisamente mi familia, mis antepasados, la sangre misma que me corría por las venas, lo que me impulsaba a querer saber

de un pasado que no me era ajeno, y a buscar sentido a una palabra, *diáspora*, que me había acompañado desde que nací. Y si le fascinaban los perdedores, concluí, había acertado al especializarse en la historia de los judíos españoles porque éramos, sin duda, los campeones universales de la pérdida. Nuestra amistad, que había nacido así, con humor y al calor de la pasión por la Historia, fue anudándose con el paso de los años, siempre en torno a la figura de Nicole.

Tras casarse, Nicole y Tiago se instalaron en Bilbao porque él había obtenido una plaza de profesor en la Universidad de Leioa, y durante un tiempo nos tratamos menos, tan sólo unas pocas semanas cada verano. Allí tuvieron a su hijo, Daniel, pero en 1998 se trasladaron a París, a su gran piso familiar de la avenue de Roule, en Neuilly, apenas a cien metros de mi apartamento. Habíamos trabajado juntos en la redacción de las entradas sobre los judíos de España para la *Encyclopédie du Judaïsme* de Grasset, ambos habíamos colaborado en la *Revista de Occidente* y en la *Revista Española de Historia*, con artículos sobre criptojudasismo y sobre la diáspora sefardí, formábamos parte del consejo editorial de los Cahiers d'Etudes Hispaniques y, en tanto que profesores universitarios –él en la Universidad París VIII y yo en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbonne–, habíamos coincidido en un sinfín de congresos, seminarios y reuniones académicas. Así que si había alguien a quien debiera esperar encontrar en un congreso sobre judeoconversos españoles era precisamente a mí. Es probable que su reacción no me hubiera parecido tan irritante y tan fuera de lugar si yo no hubiera estado tan molesta todavía con él por lo que consideraba una traición a la memoria de mi amiga, pero en aquel momento, permanecer allí parados en el hall del hotel, mientras los colegas llegaban con sus equipajes y él me miraba pasmado y sin acabar de responder a mi saludo, me pareció el colmo de la descortesía y de la imbecilidad.

Ya había decidido dar media vuelta, seguir mi camino como había hecho en tantas otras reuniones y dejarle allí plantado, cuando algo en su gesto me detuvo. Eran sus ojos, que brillaban de un modo raro. Comprendí que estaba a punto de echarse a llorar.

–Dana...

Tiago pronunció mi nombre en un susurro, pero en vez de continuar la frase se me vino encima y me abrazó con una efusión que yo no esperaba. Fue un abrazo grande, como si quisiera meterme en su pecho; yo me sentía incómoda, arrastrada a una intimidad que no buscaba, pero no opuse resistencia. Su respiración agitada me decía que el llanto que anunciaban sus ojos ya había comenzado, y nos quedamos así un rato, abrazados en medio de los turistas que hacían cola para registrarse en el hotel, mientras esperaba que Tiago terminara la frase que había dejado en suspenso. De su camisa emanaba un ácido olor a sudor que me desagradaba y la situación seguía pareciéndome absurda; quizá por eso, cuando Tiago deshizo el abrazo casi tan bruscamente como lo había empezado, me sorprendió darme cuenta de que en realidad me hubiera gustado seguir sintiendo el cálido lazo de sus brazos en mi espalda. Se alejó un paso, con los ojos brillantes de lágrimas y una mueca en la boca que pretendía ser una sonrisa, dijo «vamos a tomar un café, Dana» y echó a andar hacia la cafetería del hotel sin esperar mi respuesta. Yo le seguí, arrastrando la maleta y tan desconcertada que ni siquiera se me ocurrió dejarla en la recepción. Tuve que detenerme a saludar a algunos de los participantes en el congreso, que seguían descendiendo de uno de los autobuses que nos habían traído desde el aeropuerto Ben Gurion, y cuando llegué a la cafetería, Tiago estaba sentado en la mesa más alejada de la entrada, sobre la que reposaban ya dos tazas de café, y tenía la vista perdida en el ventanal que daba a un pequeño patio interior, en cuyo centro se alzaba una

imponente palmera. De nuevo se sobresaltó cuando me acerqué, como si en vez de apenas cinco minutos hubieran transcurrido años sin vernos.

–Dana...

Estuve a punto de gritarle que dejara de llamarme todo el tiempo por mi nombre y de asombrarse tanto de verme. Era teatral, era ridículo.

–... Daniel está muerto.

La cólera se congeló en mis pulmones. Tiago me miraba desde un silencioso espanto, como si lo que acababa de decirme no fuera la noticia de una desgracia sino la confirmación de un horror sabido, y cuando tomé su mano entre las mías sentí un tacto frío de carne muerta. De nuevo se humedecieron sus ojos, pero no hubo más lágrimas, el dolor se le desangró en palabras que fueron surgiendo con esfuerzo, a veces en español, a veces en francés, pasando de un idioma a otro como nos había sucedido siempre. Me habló de lo mucho que le gustaba conducir. Yo lo sabía bien, habíamos hecho tantos viajes juntos, con Nicole, por el País Vasco, por los Pirineos y aquel viaje hasta Roma, ¿me acordaba?, cuando Nicole le dijo que estaba embarazada y él se enfadó porque se lo dijera así, delante de los amigos como si él fuera uno más y nada tuviera que ver con su embarazo. Yo le iba diciendo que sí, que también eran historias de mi vida, cómo podía olvidarlas. Y, mientras me preguntaba a dónde quería ir a parar con aquellos recuerdos, seguía sintiendo su mano fría y muerta, como un entrecot crudo; la imagen me avergonzó, ni siquiera se crispaba mientras hablaba. Él siempre había querido que Daniel aprendiera a conducir, que fuera libre de viajar y ver mundo, libre de buscar sus propios caminos, «como hacíamos nosotros, Dana», y su mano cobró vida por un momento, pero volvió a la inmovilidad mientras me explicaba que hacía un año, cuando Daniel cumplió los dieciocho, le había pagado las clases para que se sacara el car-

né, y en Navidades le había regalado un coche de segunda mano, un utilitario sin pretensiones, lo mejor para aprender a manejar de verdad sin preocuparse de los golpes en el parachoques o las rayaduras al aparcar. «Le puse las llaves en la mano», retiró la suya de entre las mías y se la miró, como si las llaves fueran a aparecer allí por arte de magia, «con esta mano se las di y lo envié a la tumba. Sí, no me mires así, yo mismo lo envié a la tumba. Lo metí en ese coche de mierda y me desentendí de él. Y ahora está muerto.» Ni siquiera intenté refutarle, sólo tomé su mano de nuevo y la apreté, como si fuera posible esconderla en el pequeño hueco de las mías. Su voz sonaba ronca y tenía un brillo de fiebre en los ojos, pero su rostro había adquirido una palidez de cera y permanecía erguido en la silla, rígido como un maniquí. Daba la sensación de que en cualquier momento la tensión iba a desgarrarle la piel. Le pedí que me contara lo ocurrido.

Había sido al anochecer, él había salido a almorzar con una amiga, yo la tenía que conocer, era la misma que me había presentado el año pasado cerca de los jardines de Luxembourg, una mujer hermosa y tranquila que le había ayudado a sobrellevar el dolor de la muerte de Nicole. «No se trata de amor, Dana», sus ojos me decían que era verdad, pero una voz en mi interior repetía «no te creo» y tuve que esforzarme para que no me volviera el enojo, «ya ni sé si soy capaz de amar, yo también estoy muerto, pero ella me daba cariño, un poco de calor, ese apoyo sin el que no hay manera de salir adelante». Me pareció que había un reproche en sus palabras, sutil, apenas sugerido, y la misma voz me susurró al oído «lo mereces». «Ella me ha hecho compañía, aceptó permanecer al margen de mi vida cotidiana, de hecho nunca se la presenté a Daniel, no quería incomodarle; además, no había historia que contar, eran sólo buenos momentos, ocasiones para olvidarme de todo. Aquel día lo pasamos bien en La closserie des lilas, con esa terraza tan linda que da al bulevar de

Montparnasse..., eso es lo malo, todo tiene su lado malo, ¿verdad?, que desde la acera, a pesar del seto, se nos veía perfectamente. Luego, al regresar a casa, encontré a Daniel, que estaba rarísimo. Él lo ha pasado peor que yo, durante meses ni siquiera quiso hablar de su madre, como si en vez de morir le hubiera abandonado. Se volvió más taciturno, más arisco en las respuestas, más independiente, supongo, más lejano también, pero nunca se había mostrado hostil conmigo. Esa tarde estaba distinto, se podía sentir su ira en el ambiente. Primero se encerró en su cuarto y puso la música a todo volumen, uno de esos rap que me desquician, él lo sabía bien, lo hacía a propósito y preferí no darme por aludido, me armé de paciencia y de un whisky y me fui a la biblioteca a leer. Al cabo de un buen rato cesó la música y yo interpreté el silencio como una tregua e hice lo mismo que he hecho siempre, lo que hacía con Nicole cuando se enfadaba conmigo, la misma estupidez.» Un rictus de amargura atravesó el rostro de Tiago y la rigidez desapareció como por encanto, como si una piedra hubiera roto el cristal que le apresaba. «En vez de quedarme quieto y olvidarlo todo me fui a hablar con él, insistí en preguntarle qué le sucedía, él me dijo que le dejara en paz y yo traté de ser razonable, incluso cuando de repente me gritó “te he visto besándote con esa puta delante de todos”, te juro que intenté explicarle, pero él repetía “con esa puta con esa puta”, una y otra vez, y perdí los nervios». Tiago retiró su mano y trazó con ella un arco de fatalidad en el aire. «Discutimos», discutieron, traté de imaginarme a Daniel gritando, no podía, siempre había sido un niño tan comedido, «sé que le dije cosas horribles, me desahugué con él, un chaval de poco más de dieciocho años, empezó a gritarme que se iba de casa y yo agarré las llaves del coche, que estaban sobre su mesa, y se las tiré, pues vete de una maldita vez, eso le dije, qué iba yo a pensar, sólo quería que se acabara la pelea, necesitaba calmarme... Y se fue».

Pasada la medianoche le llamaron de la policía, había habido un accidente en el Periférico. El automóvil de Daniel había rozado a otro que se incorporaba en ese momento a la autovía de circunvalación de París y había perdido el control. No circulaba a mucha velocidad, debía de haber sido un despiste, falta de atención, pero el coche golpeó contra una columna. Lo habían trasladado al Hospital Cochin, estaba en urgencias, «ya sabes cuál es, ese que está a cuatro pasos del hospital donde dio a luz Nicole, el Saint Vincent de Paul. ¿Te das cuenta? Mi hijo había ido a parar casi al mismo sitio en el que vino al mundo. Tenía que haberlo comprendido en el momento mismo en que el policía me dijo dónde lo habían llevado; la casualidad no existe, Dana, no existe, todo son círculos que se cierran...», negó con la cabeza, como si yo le hubiera opuesto algún reparo, volvió a negar antes de terminar la frase: «... cuando llegué al hospital, Daniel ya estaba muerto». Sus ojos me miraban desde una tristeza que no parecía de este mundo, fijos en mí como si quisieran asegurarse de que había entendido lo que acababa de decirme. Volví a cogerle la mano y me la llevé a los labios, seguía fría, era una mano larga de dedos finos y delgados, la mano de un hombre dedicado al estudio, una mano que no había labrado la tierra, que no había levantado casas ni fabricado nada, una mano delicada que más parecía hecha para acariciar que para trabajar. Se la besé, sentí en ella el gusto salado de mis propias lágrimas y cerré los ojos, y me dejé llorar como si el muerto fuera mi hijo, como si al morir Daniel se hubiera llevado con él a su madre definitivamente, y fuera la muerte de mi amiga la que me desgarrase el corazón.

Ni siquiera nos pusimos de acuerdo, de hecho apenas hablamos, nada parecía merecer la pena ser dicho después de lo que acababa de contarme; pagamos los cafés, fuimos a la recepción para registrarnos y Tiago propuso acompañarme hasta mi cuarto. Estuve a punto de rechazarle, pero me

prohibí pensar en Nicole, le dije que sí. En el ascensor me preguntó por Julie; la verdad es que yo no tenía ni idea de dónde podría estar mi hija, seguramente en su casa de Burdeos, pero hacía meses que no sabía de ella. Desde mi divorcio practicaba la distancia como un arte, mandando las noticias justas, que solían incluir referencias a frecuentes visitas a su padre, para que yo no pudiera olvidarme de que ella había decidido olvidarse de mí. Claro que luego estaban las apariciones inesperadas, siempre que había algún problema con el niño y hacía falta que la horrible abuela echase una mano, y ahí estaba y sigo estando yo, que jamás he tenido espíritu maternal, dispuesta a recibir al pequeño Joel como la buena madre judía que nunca he sido. No me extrañaría que cualquier día Julie me diga que se va a vivir a Israel, como hice yo cuando tenía su edad; eso empieza a ser casi un ritual, una prueba que hay que pasar antes de decidirse a buscar un lugar propio en el mundo, también es una forma de tocarles las narices a tus padres. Cuando llegamos a mi habitación hubo un momento de duda, creo que ninguno de los dos sabíamos muy bien qué hacer, nos conocíamos demasiado como para jugar a la sorpresa, y esa misma intimidad amistosa nos cohibía. Fue Tiago quien adelantó su mano para acariciar mi pecho y yo sentí que un calor tibio se instalaba en mi vientre y que ya no me importaba nada, ni el congreso ni las habladurías de los colegas, que las habría porque en esas reuniones todo el mundo acaba sabiendo todo de todos, ni siquiera el recuerdo de Nicole, a la cual me dio por imaginar asistiendo complacida a nuestro encuentro desde el paraíso que habitara. No llegamos a la cama, estaba lejísimos, a dos metros de deseo que es casi como decir en otra galaxia. Nos desnudamos allí mismo, junto a la puerta, y allí nos amamos con una ternura inesperada en quienes nos sabíamos rodeados de muerte. El cuerpo de Tiago seguía oliendo a sudor, pero eso ya no importaba porque mi

lengua había descubierto en él un sabor desconocido, el sabor de tantos años de proximidad y cariño, el regusto que deja una vida entera, un tiempo compartido que ahora, de algún modo, tendría que aprender a evocar de otra manera.

Tiago se quedó dormido en el mismo suelo, con su cabeza reposada en mi pecho, grande y pesada, casi no me dejaba respirar, pero me gustaba sentirla ahí mientras le acariciaba los cabellos canosos, demasiado largos y desgredados para un cincuentón profesor de historia de la universidad de París. Permanecimos así un buen rato, durante el cual traté de evitar pensar en nada, quería limitarme a sentir, pero las imágenes se me colaban traicioneramente: el rostro de Daniel, con ese gesto de niño serio que le gustaba poner cuando andaba entre adultos o con su sonrisa grande e inocente cuando le llegaban los regalos de cumpleaños; las risas de Nicole en Roma, feliz de su embarazo y decidida a no dejar que el mal humor de Tiago le amargara su alegría; las noches de verano en el País Vasco, durante las semanas que Jean-Claude y yo pasábamos con ellos, todas aquellas cenas pantagruélicas en el restaurante de Mitxel, donde conocimos a David y a Eva, y también las veladas en su casa de Bilbao, aquel caserón en cuya gigantesca biblioteca me gustaba perderme, mientras mi marido se empeñaba vanamente, ante la mirada escéptica de Tiago, en hacer revivir la huerta abandonada. A Jean-Claude las ampollas le duraban días, pero disfrutaba trabajando la tierra y bebiendo unas cervezas con su amigo durante los descansos, mientras discutían de política o le reprochaba que desperdiciara así un terreno tan bueno; no había más que ver cómo crecían los tomates y los pimientos en las pocas semanas en que alguien les prestaba atención, porque allí nadie se interesaba por la tierra. Tampoco el pequeño Daniel, que prefería subirse a la higuera para embarcarse en imaginarias guerras y aventuras selváticas, en vez de seguirle la corriente a nuestra hija en sus juegos de muñecas,

y allí se encaramaba hasta una altura inconcebible, subiendo cada vez más alto en las ramas, que se hacían estrechas y frágiles. Apenas podía sostenerse en ellas, y se quebraban como si fueran de cristal, pero crujían con un chasquido metálico que nadie escuchaba, y sus manitas trataban vanamente de asirse a las hojas carnosas. Se iba a caer y nadie le prestaba atención porque había que seguir plantando y limpiando el terreno y podando los rosales y recogiendo bolsas y bolsas de tomates, que se amontonaban sobre el suelo, rojos como la sangre, sólo yo lo veía a punto de caer y no podía hacer nada por evitarlo, nada... Un sobresalto me sacó del sueño, Tiago también debía de tener pesadillas porque era él quien había dado el respingo que me despertó, y ahora estaba sentado a mi lado, con la respiración agitada y el mismo gesto de desorientación que le había visto al llegar al hotel. Fuera clareaba, habíamos pasado la noche tirados en el suelo y yo sentía el cuerpo entumecido, tenía frío. Él se me quedó mirando y por un momento temí que volviera a llamarme Dana y a sorprenderse otra vez de verme, pero no dijo nada, sólo siguió mirándome durante un rato de una manera que no supe interpretar.

De pronto, se incorporó y se puso a recoger la ropa con gesto concentrado, como si fuera lo más urgente del mundo; yo me levanté también, todavía medio adormilada, y me di cuenta de que el peso de su cabeza me había dejado dolorido el pecho. Estaba desnuda, pero él ni siquiera me echaba una mirada de reojo. Miré mi reflejo en el espejo del armario; no estaba tan mal para mis cuarenta y ocho años. Tenía ojos de sueño pero apenas se notaban las ojeras, y mis tetas todavía se mantenían firmes; claro que eso no tenía mucho mérito porque son pequeñas, aunque nadie se me ha quejado nunca de ellas, además soy delgada sin tener que esforzarme, ya me hubiera gustado a mí tener un metabolismo menos voraz, algunos kilos de más no me habrían venido mal,

y el pelo corto me favorecía, siempre lo he llevado así, detesto la obligación de atearme todo el día con una de esas hermosas melenas que cantan los malos poetas, prefiero la informalidad, va mejor con mi carácter y me da un aire pícaro que me divierte. Jean-Claude me decía que bastaba ver mi pelo corto y alocado para darse cuenta de que el sexo me da risa, me pone de buen humor; «se te notan las ganas», me decía. Y yo me moría de ganas, entonces sí, en aquellos años en el *kibutz*, todo el día trabajando, yo en los campos de naranjos y él en el criadero de pollos, con los olores de azahar y de excrementos pegados a la ropa y buscando el mejor momento para echar un polvo, aunque fuera deprisa, porque nos mataban las ganas a los dos, no era sólo cosa mía. Ahora Jean-Claude vivía con una muchacha, una periodista que tenía la edad de nuestra hija, y Tiago ni siquiera se dignaba a echarme una ojeada después de haberme hecho el amor; «estás en decadencia», me reproché, y sonreí en el espejo, pero no, no era yo, no había ninguna seducción en juego, era él, era su cabeza que estaba muy lejos de aquella habitación. El recuerdo de la conversación de la víspera acabó de despertarme y borró la sonrisa de mis labios: ya sabía qué frío era el que se me había metido en las entrañas.

Me acerqué y le abracé por la espalda, en busca del calor de su piel; desde el espejo, me pidió que le perdonara. ¿Qué tenía que perdonar?, se lo pregunté. «No sé, estoy aturdido, me cuesta pensar.» Estuve a punto de preguntarle si lamentaba lo que había pasado, pero me pareció una pregunta estúpida; además, no quería escuchar la respuesta. Le dije que no había nada mejor para despejar las ideas que un buen desayuno, eran casi las siete de la mañana y la conferencia inaugural del congreso estaba prevista para las nueve, teníamos tiempo de sobra. Se deshizo de mi abrazo, empezó a vestirse y murmuró «yo no voy a asistir»; ni siquiera estaba segura de que me estuviera hablando, la botona-

dura de su camisa parecía exigir toda su concentración. Yo tampoco tenía ganas de encerrarme en una sala a escuchar divagaciones académicas, lo que de verdad me apetecía era meterme en la cama con él y dejar que me abrazara de nuevo, pero no me atreví a proponérselo, tenía la sensación de que cualquier cosa podía herirle: el menor roce, el comentario más banal, la proposición mejor intencionada. Su mirada reflejaba la confusión que le aturdía, era una mezcla de tristeza y recelosa incompreensión, se le veía inquieto y ya casi había terminado de vestirse, así que le dije que podíamos salir a dar un paseo, si quería podía enseñarle algunos rincones de la ciudad, todavía me acordaba bien de ella, pero él negó con la cabeza.

—Será mejor que lo dejemos para otra ocasión, Dana. Tengo cosas que hacer.

Había un tono de disculpa en su voz, casi una súplica. Le dije que estaba bien, pero que no iría a dejarme desayunar sola, ¿qué clase de galán era?; además, él también tenía que comer algo, sólo me hacía falta darme una ducha, no sería más que un momento. Entré en el baño y bajo el agua escuché su voz que me anunciaba que me esperaba abajo.

Cuando entré en la sala de desayuno vi con decepción que no estaba, pero llegó casi de inmediato. Tenía un aspecto terrible, su rostro transpiraba fatiga y la ropa, arrugada además de sucia, le daba un aire abandonado que contrastaba con aquella mirada alucinada a la que ya estaba empezando a acostumbrarme y que, me maldije porque me conozco y sé cuándo empiezo a perder pie, le volvía tan interesante. «Estás muy guapo», lo dije sin un ápice de ironía. Me devolvió una sonrisa, se sentó y depositó sobre la mesa la bandeja que traía, un triste desayuno rutinario, igual al que podría hallar en cualquier hotel europeo, que había elegido en el autoservicio despreciando la rica variedad de manjares que suelen ofrecer los hoteles israelíes; hurgó en su bolsillo y co-

locó junto a su plato unas llaves de automóvil, «he alquilado un coche, me voy a Safed». Yo nunca había estado en Safed, la ciudad santa, cuna de cabalistas y patria de tantos judíos expulsados de España; me habría gustado acompañarle, pero lo que realmente me preocupaba era la posibilidad de que se perdiera por el camino. El lago Tiberiades no estaba muy lejos de la frontera cisjordana, en realidad nada lo está en Israel, y la situación en los territorios palestinos no era como para que un español desquiciado se lanzara solo a la aventura por las carreteras vecinas, sin tener la menor idea del país. Intenté disuadirle y le pedí que, por lo menos, fuera y regresara por la carretera de la costa, vía Haifa. Al principio él trató de quitarle importancia al viaje pero enseguida sus argumentos comenzaron a enredarse; habló de las numerosas escuelas talmúdicas que habían convertido a Safed en centro espiritual del judaísmo. Allí había escrito Joseph Caro su famoso código de la ley judía y él necesitaba buscar las huellas de Isaac Luria, de Haim Vital y de tantos otros sabios sefardíes que dieron renombre a la ciudad; y seguía hablando mientras comía los huevos revueltos y untaba la rebanada de pan con mantequilla y mermelada y daba sorbos al café y me reprochaba que yo no fuera consciente de la importancia de la presencia judía en la cultura española; bueno, sí que lo era, no en vano soy profesora, aunque no podía verlo como él porque yo siempre he sido judía. Y, ante mi gesto de asombro, su discurso se hizo todavía más abstruso y embarullado, mezclando nombres propios y datos históricos. Me habló de Moisés Cordovero y Samuel de Medina, citó algunas líneas de *Las excelencias de los hebreos* de Yshac Cardoso, me recordó que habían sido los sefardíes quienes llevaron la primera imprenta a Safed en el año 1494. ¿Me daba cuenta?, tan sólo dos años después de su expulsión, directamente de España al corazón de Israel, y se desbordó en una perorata trufada de frases inconclusas que hablaban de las huidas de Antonio

Enriquez Gómez, João Pinto Delgado y tantos otros escritores sefardíes, de insoportables siglos de olvido, de vergüenza, de indignación, de las tiranías del secreto. Todo ello mezclado con quejas por tener que conducir y agradecimientos por mi ofrecimiento de servirle de chófer, gracias pero no, ya le habían dicho que las carreteras eran buenas pero que había muchos accidentes porque los israelíes conducían como locos y él no iba a permitirse otro muerto, no estaba exagerando, era simplemente que no podría soportar cargar con otra culpa. ¿Pero de qué nueva culpa hablaba? Yo no daba crédito a tanto disparate y al final no pude resistir más, me estaba aturdiendo, me sentía contagiada por su confusión. «¿Qué te sucede, Tiago? Estás desvariando, no entiendo lo que quieres decirme.» Se detuvo, con la respiración agitada y un trozo de rebanada en la mano, que hacía ya un buen rato que blandía como una batuta.

—Lo que pretendo decirte es que necesito ir allí y tengo que hacerlo solo, ¿si no cómo podría saber si es verdad?

¿Si era verdad, qué?, pregunté, pero él se limitó a morder el trozo de pan y a mirarme con ojos que me traspasaban. Por fin sonrió, con una sonrisa clara, casi me había olvidado de que era capaz de sonreír así, «cuando vuelva te cuento», me tomó la mano, «te lo prometo». Parecía haberse calmado, así que decidí dejar de insistirle; ya me había resignado a que viajara solo, pero era mejor que, además, lo hiciera tranquilo. Hablamos todavía durante unos minutos. Él quiso saber algunos detalles de la ruta que debía tomar, mostrando una confianza en mi memoria que desdichadamente tuve que defraudar; habían pasado veintidós años desde que terminé mi experiencia israelí, como le gustaba llamarla a Jean-Claude, y muchos de mis recuerdos eran imprecisos. «¿Por qué no tuviste a Julie en Israel?», su pregunta me pilló de sorpresa, «nunca lo he entendido, tú eres judía», me dieron ganas de preguntarle a mi vez si tampoco entendía por qué

la había llamado Julie, en lugar de Esther o Sara; preguntas como éstas son las que me desquician. ¿Cuántas veces no he tenido que escucharlas en mi vida? Siempre le había agradecido en silencio que él no me las hiciera, pero ahora Tiago parecía otro, estaba trastornado. Ladeé la cabeza y compuse una sonrisa de anuncio de televisión, «a lo mejor fue porque soy judía... francesa, ¿no te parece?»; asintió, sin dar muestras de haber percibido la ironía, y respondió «pues a mí me hubiera gustado que Daniel naciera en Israel». Aquello era nuevo, una idea absurda, ¿por qué habría tenido que nacer Daniel en Israel? Ni él ni Nicole habían vivido allí, tampoco eran judíos, y nunca me había hablado antes de ese deseo.

No tuve ocasión de preguntarle porque Tiago dio por terminado el desayuno, dejó la servilleta junto a la taza de café, recogió las llaves del coche y se inclinó sobre la mesa para besarme; el roce de sus labios sobre los míos me resultó extraño, aún no había tenido tiempo de acostumbrarme a aquella nueva intimidad, pero el beso fue breve, tuvo algo de furtivo, y antes de separarse murmuró «hoy se cumple una semana». Sus ojos habían recuperado un brillo desesperado, le retuve por el brazo, pero tardé todavía unos instantes en comprender; no podía ser, él lo confirmó con la cabeza, me había contado cómo había muerto Daniel, pero no cuándo. «Fue la madrugada del sábado 29 de octubre», su rostro estaba apenas a unos centímetros del mío y su voz me llegaba con aires de secreto. Eran palabras que podían herir los labios, lacerar la lengua, arrancar la piel, desgarrar los oídos, dolorosas hasta el silencio, por eso atravesaban a escondidas de todos el ínfimo espacio que nos separaba, como si de esa manera pudieran volverse inofensivas o, al menos, soportables; «murió a las doce y cuarenta y ocho minutos de la noche, justo después de que me avisaran por teléfono. Cuando lo vi sólo destaparon la cabeza, pero debajo de la sábana se percibían las formas de su cuerpo, lo habían lava-

do, no había restos de sangre, y tenía un gesto muy raro, quizás era por algún hueso roto, no sé, el pómulo o la mandíbula..., pero seguía siendo él, seguía siendo Daniel, mi chico». La voz de Tiago había ido apagándose y ahora sólo escuchaba su respiración entrecortada, acaricié su rostro delgado y sin afeitar y busqué en él la sombra del rostro de Daniel, los rasgos que le había prestado, la barbilla partida y prominente, la nariz grande. «Tu hijo ha muerto hace sólo una semana, Tiago, ¿cómo se te ha ocurrido asistir a este congreso?, ¿para qué has venido hasta Israel? En ese estado... es una locura.» Su manó buscó la mía y se la llevó a los labios. «Para verte a ti, Dana.» «No me hagas esto», lo pensé así, fuerte, muy fuerte, como si lo estuviera diciendo en voz alta, y seguía repitiendo mentalmente esas palabras, «no me hagas esto», mientras miraba su rostro desencajado, las ojeras, nuestras manos enlazadas, el cuello sucio de su camisa; no le creía, no sabía por qué me había dicho eso pero no era cierto, no tenía derecho a decírmelo, ni siquiera todo su dolor le daba derecho a convertirme así en su refugio, a echarme encima semejante carga. Volvió a besarme en los labios y se fue sin decir nada más, dejándome a solas con mis ganas de gritar.